

## Por las lindes de *La Jara: El Cerro de la Mesa, El Bercial* y su finca de *San Rafael*

Juan José Fernández Delgado

### I

Es una verdad incuestionable que los tiempos mudan las cosas, y más las costumbres, sobre todo si éstas son buenas. Así, aquella diligencia con que se distinguían los hombres de mi Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada, y con la que siempre ganaban a la amanecida por más de una hora, ha quedado en aguas de borrajas. Y esto lo sabe muy bien quien estas líneas va a firmar, porque ayer, sin ir más lejos, pasaban de las diez (¿cuántas vueltas había dado ya la tierra?), cuando la emprendimos hacia El Bercial, donde nos aguardaban tres suculentos platos turístico-culturales y arqueológicos: el mismo poblado, que cumple ahora sus cincuenta y un años de existencia, el recinto que fue finca y hospitalito de los Hermanos de San Juan de Dios, y un yacimiento arqueológico en el que está trabajando un grupo de jóvenes, casi todas chicas, de Alcolea y de El Bercial, a las órdenes de Gonzalo Hernández, joven arqueólogo de Tembleque. Allí nos esperaba también Jesús Rodríguez, natural de Valdeverdeja y catedrático de Geografía e Historia, con un enjundioso libro sobre El Bercial que espera la tinta y el olor característico de la imprenta. Y Jesús nos llevó al yacimiento ibérico-celta que se señorea sobre un empinado acantilado desde hace unos veintiocho o treinta siglos para tener la presa del pantano de Azután a sus mismos pies.

-Claro -dice Jesús, que en sus orígenes y hasta que hicieron el pantano el poblado se extendía hasta la misma barrera del acantilado, que alcanzaría cerca de cuarenta metros sobre el nivel de las aguas, como se ve perfectamente en esta fotografía aérea de primeros de la década de los cincuenta.

Y en efecto: sobre la cabeza de una colina en forma de mesa casi rectangular, en la que las dos patas del lado corto del rectángulo serían la pared frontal del acantilado, se extendía el poblado que, como mínimo, lleva cerca de treinta siglos de ventaja a lo más visible y ostentoso de la cercana *Ciudad de Vascos*. Las obras de acoso y derribo del pantano, allá por los primeros de los sesenta, arrasaron más de dos tercios del yacimiento, sin estudios de alzada, ni fotografías, y sin rastros de documentación previos, al menos que se sepa. Y de lo que queda, se están estudiando unas tres hectáreas: el resto lo cubre un amplio pinar que, aunque agradable, no tanto como se deseara por reseco y enfermizo.

Era la hora del almuerzo cuando llegamos, y el puñado de tesoneros trabajadores se extendía sobre la airosa cabeza de una lomilla dando cuenta de los bocadillos; al mismo tiempo renegaría de la inoportuna presencia de aquellos cinco intrusos que les interrumpía su momento de asueto. Sin embargo, esa posible contrariedad se convirtió en encuentro ameno y agradable, y allí aguardamos a que llegara Gonzalo, a quien no conocíamos: un joven arqueólogo muy entusiasmado con su trabajo y hecho todo amabilidad con los recién llegados. Rápidamente, se prestó a informarnos del yacimiento y de las excavaciones:

-Los primeros estudiosos del terreno acotaron...

-Cuándo se iniciaron las excavaciones? –interrumpí.

-Hace unos cuatro años. Pues decía que aquellos pioneros acotaron unas tres hectáreas para excavarlas y estudiarlas, y en ellas continuamos nosotros. Después de unas primeras catas, se descubrieron dos recintos de muralla, hecha de granito suelto, de lo que abunda por aquí. ¿Veis? –dijo extendiendo el brazo hacia *Vascos* y cerrándolo en semicírculo. Porque, luego, ¿veis?, se extiende una inmensa llanura que ocupa todo el Valle del Tiétar y no se detiene, ¿veis?, hasta la Sierra de Gredos. La vista es prodigiosa. Pero estos hombres del siglo noveno u octavo antes de Cristo, no eligieron estos parajes para deleitarse con las cumbres nevadas de Puerto El Pico, ni del Almanzor, sino por razones estratégicas, comerciales y fluviales: comerciales, porque esto es un cruce de rutas; y fluviales... Ahí están el Uso y el Tajo formando una Te.

-Claro, que ahí vemos dos lajas de pizarra... -precisó ¿Martín?

-Exacto. Esas no son autóctonas. Las traerían como adorno para un recinto principal del poblado. Probablemente, en el templo, en el lugar de oración, o de la ofrenda a los dioses. Pasemos dentro.

Y ya dentro, nos llevó a la parte posterior del yacimiento acotado, donde se ven enormes paneles de muralla reforzada en distintas épocas, “por lo que este poblado tenía pretensiones defensivas, aunque no hemos hallado nada que haga referencia a guerras, destrucciones, invasiones”, etc.

-Lo que vamos descubriendo nos hace pensar que ya había divisiones sociales. ¿Veis? Estas son estructuras de casas pequeñas enlazadas por calles estrechas, tanto que apenas cabe un borriquillo por ellas. Pero esa otra –dijo señalando una construcción fuera de este dédalo laberíntico, es bastante mayor, como veremos, lo que indica una supremacía social, pues estaría ocupada por el jefe.

Había unas piedras de granito combadas, “abarquilladas las llamo yo porque tienen forma de barquichuela”, dijo Jesús, usadas como piedras de molino, en las que la molienda se hacía a mano; es decir, restregando y machacando sobre ellas el grano con otra piedra; y una especie de silo o de granero, y fogones en cada recinto familiar, y poyos extendidos alrededor del fuego.

-En las casas no se hacía fuego. Para eso se necesitan chimeneas que saquen el humo fuera de la vivienda, y son de origen medieval. El fuego se hacía fuera, y se metían en las casas las brasas. Este espacio, más grande y más abierto, da la impresión de que sería un lugar de uso común, como asambleario. ¿Veis ahí también un foco de tierra enrojecida? Ahí colocaban las brasas, y entorno a ellas se sentarían.

La casa grande tenía más dependencias, un salón cuyo centro lo ocuparía el brasero. Poseía también su propio silo o aljibe, y mejor enclave: inclinada un poquito hacia el oeste para recoger el sol ya macerado.

-¿Y lo que vais encontrando? ¿Dónde lo lleváis? –preguntaría Jesús.

-Al Museo de Santa Cruz

-¿Y qué encontráis?

-Enseres de barro cocido, utensilios de hierro, herramientas de trabajo. Mirad. Y abrió una especie de estuche en el que había una clavija de hierro exactamente igual que las que encontramos en cualquier ferretería: un agujero en un borde, en el que se puede amoldar perfectamente la cabeza grandota de un clavo, y una punta de unos quince centímetros de cuatro caras labradas y pulidas. Vamos ahora adonde están los chicos trabajando, las chicas más bien –se corrigió.

Las vemos cavar con tiento y cuidado en parcelitas numeradas, y barriendo la tierra extraída que, luego, cada una echa en una carretilla concreta.

-¿Y eso?

-Porque esa tierra se lleva a la cribadora. Así sabemos de qué parte de la excavación procede: si lo encontrado está junto a otros afines, si forma parte de un ajuar, o del almacén de las tinajas... Sabemos que a esta comunidad le gustaban las habas: han aparecido utensilios domésticos con restos carbonizados que nos han permitido identificar estas hortalizas.

-¿Y no tendrían estos pobladores relaciones con los de *Vascos*?

-Hombre, este yacimiento data del siglo octavo o noveno antes de Cristo, y *Vascos* es una ciudadela hispanomusulmana. Es verdad, también, que *Vascos* continúa siendo un misterio en gran medida. Que hay restos romanos... Para responder a esa pregunta, se necesitan veinte años aún de investigación y estudio.

-Quiero preguntarte algo concreto: ¿qué es lo más curioso que habéis encontrado hasta ahora?

-Restos de cerámica griega, lo que manifiesta que estos pobladores estaban en contacto con gentes de otras tribus. Es decir, que ya ejercían tareas comerciales, bien como compra-venta, bien mediante intercambio y que ya poseían el gusto por la estética o el afán por distinguirse entre ellos. También las dos lascas de pizarra entre tanto granito autóctono.

-Pues muy agradecidos y con el escrúpulo de haberte robado tiempo, te vamos a dejar. Pero antes te pregunto: ¿Cuál es tu estado de ánimo por las mañanas cuando vienes al corte? Quiero decir que vendrás preparado para encontrarte cualquier sorpresa.

-Exacto. Como hacemos un trabajo abierto, así ha de estar el espíritu, abierto también, pues en cualquier momento puedes encontrarte con una inmensa sorpresa.

-Pero antes os quiero informar de un proyecto que sería fantástico si se convirtiera en realidad. Mirad: se quiere adecuar un itinerario turístico-arqueológico en barco para visitar la *Ciudad de Vascos*, este yacimiento de *El Cerro de la Mesa* y el dolmen de Azután.

-En verdad que sería fabuloso, y agradable, y fantástico...

## II

En El Bercial, acudimos al bar, adonde habíamos quedado con Jesús.

-No importa que haya más de un bar. Nunca estaremos lejos del lugar acordado –comentaba Mario, artífice de la cita.

Y en el bar preguntó Mario, y le dijeron que no había más bares que “éste”, lo que era verdad y, al tiempo, mentira. Porque existe otro, amén de la barra sobrepuesta para las fiestas recientemente pasadas. Pero ese otro bar está cerrado desde hace un par de meses, por lo que es lo mismo que si no existiera. De aquí, la verdad y la mentira al alcance de la mano. Y hasta allí se acercó Mario y encontró a Jesús, que nos esperaba desde hacía diez minutos; entonces, me acordé de aquella diligencia que distinguía a los hombres de mi Aldeanovita.

Los banderines, flamantes e íntegros, colgados en la travesía de la carretera, en el ancho de una calle y en la plaza de El Bercial, más el escenario aún esperante del penúltimo espectáculo, decían claramente que El Bercial estaba en fiestas o aún dormía la resaca de las fiestas recién pasadas. Y como soy curioso y el ayuntamiento estaba abierto, entré a preguntar por el programa. Y una joven de Aldeanueva de Barbarroya nos lo dio y nos informó de que se celebraba el cincuenta y un aniversario de la fundación del poblado. Nos proporcionó también unas notas ilustrativas sobre el nacimiento nada fácil de El Bercial, las transformaciones de la enorme finca y los lotes y sus repartos que de ella se hicieron, del acceso a la propiedad, de la construcción del

poblado y, por último, de su administración, una vez que se constituyó en Entidad Local Menor. De todo ello, lo que saco en claro es que El Bercial nunca ostentó el apellido “del Caudillo” ni “del Tajo”, y que es “El Bercial un pueblo con futuro”, como asegura un panel de cerámica en la misma entrada poblado.

La carretera, que nace en Alcolea y llega al cruce de Aldeanueva y Azután, viene a dividir en dos partes casi iguales al caserío, en el que hacen confronte la iglesia, a la izquierda camino de Alcolea, y la ancha plaza, en parte porticada, a la derecha. La iglesia tiene una impronta clásica: su frontón central, debajo del que se levanta un ventanal guardado por columnas sobre la puerta de acceso, y una gallarda torre de granito de un solo cuerpo rematado por una especie de templete aventanado que hace de campanario que se pregona a los cuatro vientos. A la derecha de la puerta principal, un panel de cerámica policromada con la Patrona de El Bercial: Nuestra Señora del Campo, una Inmaculada de aires barrocos discípula de Murillo. Y delante de la iglesia, al borde mismo de la carretera, un indicador con varias opciones, aunque de las tres, en dos faltan los respectivos acentos: Azután, Arqueología y Piscina.

Junto a la iglesia, un envidiado mirador, más largo que ancho y guardado por una corrida rejería, mira al oeste; y una esbelta columna de una sola pieza alzada sobre una basa de tres gradas, sobre las que eleva una sobria cruz de hierro, marca el centro del rectángulo.

Casi enfrente de todo ello, el pilón de piedra trabajada y la plaza, cuyo centro señala también un monolito de piedra que emerge de un cuenco de granito, y los soportales, y los banderines, y el escenario que rumia ya su nostalgia por las pasadas fiestas y holgorios.

Pueblo ancho, de casas bajas de una sola planta y blanqueadas con espaciosos corrales convertidos en frescos y emparrados patios; no obstante, la uniformidad se va perdiendo entre adornos y notas individuales y distintivas. La planicie, los buenos aires, el agua próxima, el olor a hierba mojada y a maíz encañado y espigado, y a alfalfa recién cortada y la placidez del regadío. La fruta abundante y recién cogida... Todo ello hace de estos aldeanos, que alcanzan el montante de 396 cuerpos y otras tantas almas, según el último censo municipal, gentes honradas y trabajadoras, que encuentran su sustento en el surco del arado, en el sonriente murmullo de los aspersores y en el desdén al apuro de las prisas.

### III

El tercer plato suculento que maceraba la mañana era la histórica finca de *San Rafael*, ahora amplio y aireado establo, residencia temporal de los Hermanos de San Juan de Dios y venerables ruinas de lo que fueron. Todo ello forma un complejo arquitectónico que permite adivinar sin grandes esfuerzos intelectuales que la vida pastoril y bucólica ha sido la enseña de cuantos han morado y moran en estas latitudes. Y esta forma de vida continúa arraigada en este silencioso lugar, como pone de manifiesto la trepadora hiedra de uno de los patios interiores del recinto y el parral que da sombra a un rincón de ese mismo patio, y las ruinas de aquí y de allá: de la cocina, con su inútil fogón, su mesita pequeña y su alacena repleta de polvoriento cubertería, y todos los enseres de una surtida cocina (trébedes, pucheros de distinto uso y tamaño, cacerolas, llares, tenazas...); de lo que fue la ermita dominada por una señora espadaña dominadora de todos los llanos que no se detienen, después de cruzar el embalse, hasta los pies de los acantilados del Uso, preparado ya para morir en otro río mayor; el

campanario sin campanil, la casa del guarda, también vacía y silenciosa, los establos sin balido alguno. Aún se asoman seis ventanitas entre el ladrillo mudéjar al patio de las que fueron celdas de los primeros frailes y de las habitaciones de los niños enfermos y lisiados que hasta allí acudían a recogerse y a reponerse. Hay también basas de columnas sobrepuestas de forma invertida para formar otra columna mayor, capaz de sostener el alero de un zaguán

De estirpe real fueron los orígenes de este complejo, pues encuentra su lugar de nacimiento en el Monasterio burgalés de las Huelgas, cuya abadesa hablaba a la par que el rey y se carteaba semanalmente con el papa y lo más granado de la grey cardenalicia. Desde aquellos entonces ha contado con el beneplácito y el refrendo real, como atestigua un enorme escudo con las armas de Alfonso VIII que campea sobre la clave del arco que da la entrada de un segundo patio, aunque allí no fue colocado la primera vez ni es, tampoco, el primitivo: exhibe un toisón de oro que aparece en el armorial con Carlos I de España y V de Alemania.

Campea también en un lateral del patio otro escudo menos pretencioso que el anterior, pero que también planta sus reales con firmeza y decisión. Se trata del escudo de la Orden de Calatrava, que hasta estas lindes extendió sus tentáculos. ¿Y cómo se justifica su presencia por estos confines jareños y en este recinto abacial? Pues porque los Hermanos de San Juan de Dios se cansaron, de una vez por todas, y se rebelaron contra las decisiones autoritarias de la abadesa de Burgos y, digamos, se aliaron con los de Calatrava.

En el patio primero aparece empotrada una lápida de los primitivos cristianos, en latín, en la que con ayuda de Jesús, nuestro *cicerone*, leemos el lamento de unos apenados padres, que me recuerda el de Pleberio ante el cadáver de Melibea, por la muerte de su hijo. Vienen a decir que la justicia estaría más extendida en el mundo si los hechos y los sucesos siguieran su curso, su *ordine* natural. Así pues, lo lógico es que hubieran muerto ellos antes que su adorado hijo. En el otro extremo del patio, dos galerías recorridas por sus respectivas series de arcos de medio punto que dan luz y entrada a las dependencias de la residencia de los Hermanos: secretaría, capilla, despachos y habitaciones, y a todo el recinto un aire señorial y majestuoso. Un campanil recuerda las horas de oración.

Detrás, en campo abierto, un artístico palomar de rojo ladrillo, con aires de torreón exento, mandado levantar por Doña Clotilde, la última dueña de la finca. Los establos y corrales, al fondo.

Se extendía la primitiva finca por más de tres mil hectáreas, repartidas entre colonos, pastores y frailes. Luego, desamortizaciones y ventas, con sus tiras y aflojas, con sus dimes y diretes que no viene al caso dirimir ahora. Y el levantamiento del embalse y la fundación del poblado de El Bercial hace ahora cincuenta y un años...

Desde el exterior, todo lo domina la estampa clásica de ladrillo con añoranza mudéjar de la residencia. La fachada de dos plantas es rectangular. En su mitad, se alza una torre coronada por un tejadillo cerrado a cuatro aguas. Y en los alrededores que sirven de antesala a todo ello, la tallada figura de dos verracos geminados sobre una basa de granito: dicen que se trata de un macho y su correspondiente hembra, como Dios y la naturaleza mandan, y que el macho es un poquito mayor, como lo es el palomo, el toro, el oso y el tórtolo, por ejemplos naturales; un poco más alejado, aparece otra figura zoomórfica de la estirpe porcina que, puede ser macho o hembra, como ustedes gusten.

La mañana era espléndida y el calor, sin ser excesivo, se hacía notar, por lo que en Puente del Arzobispo dimos cuanta de un par de cervecitas frescas, fresquitas.